

Canarias y el norte de África desde una perspectiva historiográfica y arqueológica

A. José Farrujia de la Rosa

Sociedad Española de Historia de la Arqueología
afarruji@hotmail.com

Ninguno de nosotros está fuera o más allá de la sujeción geográfica, ninguno de nosotros se encuentra completamente libre del combate con la geografía. Ese combate es complejo e interesante, porque trata no sólo de soldados y de cañones sino también de ideas, formas, imágenes e imaginarios

Edward W. Said

1. Introducción

Las Islas Canarias, dada su condición de archipiélago, es decir, dada su realidad geográfica, fueron pobladas forzosamente, en lo primigenio, por colonos foráneos que arribaron a ellas por vía marítima. Esta ineludible realidad, fruto del referido condicionante geográfico, garantizaría que las tesis difusionistas se convirtiesen, desde la segunda mitad del siglo XIV, tras el redescubrimiento de las islas por los europeos, en el modelo teórico omnipresente en la teorización sobre el primitivo poblamiento humano de las islas. Es decir, al intentar dilucidarse el origen de los primitivos isleños en los textos escritos a partir de esa centuria, los distintos etnohistoriadores, cronistas, relatores, etc., recurrirían sistemáticamente al establecimiento de paralelismos culturales con otros marcos de referencia extra-insulares o difusores, entre ellos el norte de África. Y esta realidad aquí descrita explica, sobremanera, el menor arraigo que tuvieron las tesis endogenistas en la teorización del primitivo poblamiento insular. Este modelo teórico, sencillamente, no ofrecía respuestas del todo satisfactorias al problema de la primera colonización.

Pero las Islas Canarias, a pesar de su proximidad geográfica con el continente africano, y en particular con el Sahara, no siempre fueron relacionadas con este ámbito. La arqueología decimonónica canaria, por ejemplo, prescindió de la conexión canario-

africana al estudiar el mundo indígena, debido a toda una serie de aspectos que analizaremos en páginas siguientes. Sin embargo, a partir de 1939, tras el inicio de la dictadura de Franco, la arqueología española le concedería un papel protagonista al Sahara al estudiar la prehistoria canaria. Ello garantizó que el norte de África, y en particular el Sahara, se acabara convirtiendo en el foco difusor o *heimat* desde el cual partirían, rumbo a Canarias, los primeros pobladores del Archipiélago. La investigación arqueológica reciente ha seguido barajando la viabilidad sahariana, pero considerando igualmente otros focos de procedencia africanos más lejanos desde el punto de vista geográfico.

Vistos estos aspectos, en el presente artículo analizaremos precisamente cómo se ha enfocado la conexión entre Canarias y el norte de África en la tradición historiográfica comprendida entre los siglos XIV y XX, prestando atención a los distintos modelos teóricos desarrollados para explicar el poblamiento de las islas. No incidiremos en la mayor o menor viabilidad, desde el punto de vista arqueológico, de las distintas hipótesis de poblamiento aquí barajadas, pues este aspecto ya ha sido desarrollado en otro lugar (Farrujia, 2004). Por el contrario, sacaremos a relucir cómo se construyó y evolucionó, desde el punto de vista historiográfico y arqueológico, la conexión entre Canarias y el Norte de África. Pero primeramente analizaremos algunas cuestiones relacionadas con el enfoque historiográfico en arqueología, incidiendo en el caso canario.

2. La perspectiva historiográfica en arqueología: el caso canario

La relación entre arqueología e historiografía, en particular entre la historiografía y la historia de la disciplina arqueológica, se remonta a finales de la década de 1970, en el caso del ámbito anglosajón, y a comienzos de la década de 1990, en el caso español¹. Sin embargo, a pesar del ingente volumen de publicaciones generado sobre este tema, aún siguen planteándose interrogantes al respecto: ¿son complementarios los análisis historiográfico y arqueológico, a pesar de basarse en métodos distintos?, ¿es factible la

¹ En relación con la bibliografía generada sobre este tema, puede consultarse la introducción del volumen *Ab initio* (Farrujia, 2004), así como la del monográfico *Arqueología, raza y gestión. Estudios historiográficos* (Farrujia y Arco, 2004: 9-14).

perspectiva historiográfica en arqueología? y, de ser factible, ¿es necesaria?² Creemos que sí, básicamente porque el estado actual de nuestra disciplina no puede ser considerado con independencia de sus etapas anteriores. La arqueología estudia el pasado desde el presente, pero el arqueólogo no debe olvidar que el presente está marcado y condicionado por las investigaciones precedentes, y que el conocimiento arqueológico de hoy constituirá una de las muchas arqueologías pasadas en una o dos décadas. El propio Celso Martín de Guzmán se encargaría de señalar (1997: 29), en este sentido, que sin unos planteamientos teóricos previos y sin un marco historiográfico referencial consecuente, la investigación arqueológica, a pesar de la utilización de procedimientos técnicos más o menos avanzados, podía entrar, sin darse cuenta, en el terreno de la simple erudición local (insular o regional) y distanciarse de la órbita universal de los conocimientos.

Es precisamente por toda esta serie de argumentos aquí aducidos por lo que consideramos necesario enfocar la conexión canario-africana a partir de la propia historia de la arqueología, labor ésta en la que ya se ha venido trabajando, para otros temas, en el ámbito europeo³ y, en particular, en el marco español peninsular⁴ y balear⁵. Baste señalar, en relación con este enfoque, que ya en otros ámbitos de la ciencia se ha demostrado suficientemente la importancia de conocer el pasado de la propia disciplina y el contexto histórico y político en que surgieron y se desarrollaron las diversas teorías para comprender el estado actual de la investigación, pues la ciencia no es algo objetivo y aséptico, ni su práctica inocente. Es más, tal y como ya han señalado Almudena Hernando (1987-88: 41), Díaz-Andreu y Mora (1997: 9) o Gran-Aymerich (2001: 26), habría que destacar una nueva comprensión de la arqueología como disciplina integrada

² Entendemos la historiografía, tal y como ha señalado Aróstegui Sánchez (2001: 24-27), no como sinónimo de *reflexión sobre la historia* ni como apelativo para la *historia de la historia*, sino como el hecho de escribir la historia. Historiografía sería la actividad y el producto de la actividad de los historiadores y también la disciplina intelectual y académica constituida por ellos, lo que quiere decir que la expresión *historiografía* debe designar la función disciplinar de la investigación y escritura de la historia. Históricamente, por tanto, la historiografía puede recoger la alusión a las diversas formas de escritura de la historia que se han sucedido desde la Antigüedad clásica. En este sentido, la Cronística, por ejemplo, vendría a ser una de las tantas manifestaciones de la historiografía. Cabe señalar, no obstante, que es a mediados del siglo XIX cuando la historiografía se convierte en una disciplina normalizada, coincidiendo con la eclosión de las historias regionales-nacionales, impulsadas por el romanticismo, por la influencia de la filosofía de la historia, por la revalorización romántica del pasado y por el desarrollo de una erudición basada en el análisis de los documentos.

³ Pueden consultarse al respecto los trabajos de Daniel (1986), Trigger (1992), Schnapp (1999), Gran-Aymerich (2001) o Coxe (1997 y 2004), entre otros.

⁴ Pueden consultarse al respecto los trabajos de Arce y Olmos (1991), Ayarzagüena (1992), Díaz-Andreu y Mora (1997), Mora y Díaz-Andreu (1997), Mora (1998) o Deamos y Beltrán (2007), entre otros.

⁵ Para el caso balear no existe una producción bibliográfica amplia. No obstante, el trabajo de Guerrero Ayuso (1997) es una obra de referencia para este ámbito.

en un marco histórico global y, por tanto, inseparable de los estudios político-culturales de cada época⁶. Por esto, la historia de la arqueología no se entiende fuera del contexto general de las formas sociales y las ideas de cada momento. Y por supuesto, no perdamos de vista, tal y como ya ha apuntado Gran-Aymerich (2001: 18), que no por ser del campo de la historiografía, la historia de la arqueología deja de pertenecer a la epistemología. Esto implica, por lo tanto, que se puede abordar desde una diversidad de ángulos.

2.1. El caso canario: punto de partida y problemas de fondo

Frente a este panorama aquí descrito, en el ámbito canario se han desarrollado algunos trabajos donde se esbozan breves recorridos históricos por la historia de nuestra investigación arqueológica (González y Tejera, 1990; Arco *et alii*, 1992; Navarro, 1997; Mederos y Escribano, 2002); algunos otros que han insistido en el estudio del entramado institucional decimonónico relacionado con la por entonces naciente arqueología canaria (Diego, 1982; Ramírez, 1997; Mederos, 1997; Fariña y Tejera, 1998); o bien otros que han abordado el funcionamiento de las Comisarías Provinciales de Excavaciones Arqueológicas en Canarias, particularmente la de Las Palmas de Gran Canaria (Cuenca *et alii*, 1988; Ramírez, 2000). No obstante, todas estas aportaciones han obviado el análisis de los aspectos político-culturales de cada época, a la par que tampoco han tenido en cuenta la influencia que los distintos contextos sociales (insulares y extra-insulares) ejercieron en el desarrollo de la propia investigación arqueológica canaria⁷.

Desde nuestra perspectiva, por consiguiente, consideramos que la historia de la investigación arqueológica canaria presenta importantes problemas de fondo. Es más, creemos igualmente que el ya aludido marco de referencia europeo no puede ni debe desvincularse de la propia historia de la arqueología canaria, como tampoco el referente norteafricano (Trigger, 1990; Sheppard, 1990; Pouillon, 1993; Haoui, 1993; Camps,

⁶ Tal y como han señalado Julio Aróstegui (2001: 40) o Jürgen Kocka (2002: 100-104) en relación con este enfoque, la labor verdaderamente interesante y necesaria en el proceso de investigación histórica pasa por analizar cómo se construye el discurso historiográfico. Es a partir del aprendizaje de las técnicas de construcción del discurso histórico como se aprende ese mismo discurso, y no al revés; deben aprenderse, ciertamente, los hechos, pero sobre todo cómo se establecieron los hechos.

⁷ Existen aportaciones recientes en donde comienzan a tenerse en cuenta estos aspectos. Son los casos de los trabajos de Baucells (2004), Hernández Gómez *et alii*, (2004-2005) o Farrujia (2004, 2005a y 2007).

1998; Sibeud, 2001; Farrujia y García, 2005), pues no perdamos de vista que la historia de Canarias no puede entenderse sin una referencia inexcusable y permanente a sus relaciones internacionales. Piénsese que nos encontramos, como elemento de partida, con la internacionalización del conflicto por la conquista de las islas y su dominio en el siglo XV, para, acto seguido, asistir a la incorporación del archipiélago a la historia moderna de las colonizaciones europeas hacia los confines de África y el Atlántico, acentuándose en siglos posteriores el papel de las islas en el derrotero de la navegación atlántica, en general, y americana en particular. Ante estos antecedentes históricos, obviamente, el estudio de la historia de la arqueología canaria es inabordable si no se tiene en cuenta su relación con el marco europeo y norteafricano.

El vacío aquí señalado en relación con los estudios historiográficos sobre la arqueología canaria, así como la escasez de publicaciones sobre este tema, se explica, en buena medida, por: a) las propias estrategias de investigación de la comunidad científica canaria, centrada en otros aspectos bien dispares; y b) la relación existente entre los poderes públicos, la comunidad científica canaria y la generación del conocimiento científico. En relación con la orientación de la comunidad científica canaria, señalar que en la actualidad es prácticamente nula la atención que los arqueólogos canarios prestan a los problemas historiográficos de su disciplina. El grueso de la producción científica sigue girando en torno a cuestiones relacionadas con el poblamiento y la colonización de las islas, el arte rupestre, la bioantropología, etc. En relación con el protagonismo de estos temas en la investigación, téngase presente que el conocimiento científico es un quehacer estrechamente vinculado con los problemas y necesidades nacionales y, obviamente, es un quehacer de carácter institucional que se traduce en la gradual y progresiva creación de un régimen de investigación que no sólo establece los fines, sino también las políticas de la investigación, así como las normas escritas y los acuerdos verbales sobre numerosos procesos de la producción científica. No hay investigación sin problema, sin una fundamentación teórico-conceptual, sin datos recogidos de la realidad empírica, sin un diseño experimental, o en todo caso, sin los resultados de un riguroso control empírico (Papaconstantinou, 2005; Moreno, 2007). Y aún siendo conscientes de esta realidad, ante la sobreproducción de publicaciones arqueológicas que padecemos – porque la creamos – es preciso evitar dos extremos: el interés por la mera acumulación de datos fuera de inteligentes diseños de investigación y la pura discusión teórica absolutamente divorciada de la materialidad arqueológica, aspecto éste del que ya se ha

hecho eco F. Ankersmit (2004), y que afecta a buena parte de la producción científica canaria reciente (Farrujia, 2007: 315-317).

En síntesis, en Canarias, en el estado actual de la investigación, el tema de la historiografía en arqueología, analizado desde la reflexión teórica, no ha sido una prioridad de la investigación. Sin embargo, a pesar de esta realidad, el mayor interés que comienza a vislumbrarse en los últimos años en las islas por los estudios historiográficos está directamente ligado a: a) el escaso desarrollo – cuantitativamente hablando – de los trabajos de campo en Canarias, que está propiciando la reorientación de las estrategias de investigación; y b) el desarrollo en España, especialmente a partir de la década de 1990, de estudios relacionados con la historia del pensamiento arqueológico y de la propia disciplina⁸.

Vistos estos aspectos, a continuación nos centraremos en analizar la relación entre Canarias y el norte de África, estructurándola en tres etapas diferenciadas: la primera, comprendida entre los siglos XIV y mediados del XIX; la segunda, desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX (1936); y la tercera y última desde 1939 hasta la actualidad⁹.

3. Canarias y el norte de África en la tradición historiográfica: Sagradas escrituras, fuentes clásicas y etnografía

El pensamiento europeo y, por extensión, el plasmado en las primeras fuentes escritas sobre Canarias tras el redescubrimiento del Archipiélago, estuvo fuertemente anclado en dos tradiciones de las que no era fácil liberarse: la ciencia pagana de la antigüedad romana y helenística y la judeo-cristiana. En ellas, y sin alternativa posible, había que buscar la explicación a las preguntas planteadas ante los nuevos descubrimientos¹⁰. Las Sagradas escrituras, por un lado, y los escritores clásicos, por otro, daban la solución y su autoridad nadie se atrevía a discutirla. A partir de las primeras, básicamente del *Génesis*, un texto que había sido escrito con el propósito de

⁸ En relación con los estudios historiográficos canarios y peninsulares puede consultarse la introducción y la bibliografía del monográfico *Arqueología, raza y gestión. Estudios historiográficos*, antes referido.

⁹ Los argumentos que justifican esta periodización aparecen recogidos pormenorizadamente en Farrujia (2004) y se desgranar a lo largo de este trabajo.

¹⁰ Otro ejemplo de la incidencia de la cosmovisión occidental o europea en la concepción del mundo lo encontramos, por ejemplo, en la propia cartografía de la época, pues la representación de África en las cartas mallorquinas de los siglos XIV y XV estuvo condicionada, entre otros aspectos, por las implicaciones económicas, los descubrimientos y los esfuerzos técnicos y científicos de las expediciones ultramarinas del Reino de Aragón (Fall, 1982).

enseñar el sentido de la historia y del mundo, se creía que el universo tenía un origen sobrenatural y relativamente reciente, en torno al quinto y cuarto milenio a.n.e., y que no era probable que durase más allá de unos pocos miles de años más. Se consideraba que la humanidad había sido creada por Dios en el Jardín del Edén, situado en el Próximo Oriente, y desde allí, los hombres se habrían extendido a otras partes del mundo, no sin antes haber sido expulsados del Jardín y haber sufrido el diluvio de Noé. En una segunda diáspora se habría producido la diferenciación de las lenguas, que sería impuesta por Dios a la humanidad tras su presunción de construir la Torre de Babel. La pervivencia de esta cosmovisión hasta bien entrado el siglo XIX garantizó que el centro de la historia del mundo permaneciera en el Próximo Oriente durante largo tiempo, donde la Biblia registraba el desarrollo del judaísmo y desde donde el cristianismo se había difundido por Europa (Trigger, 1992: 40-43; Schnapp, 1999: 319-320; Farrujia, 2004)¹¹.

La incidencia de la cosmovisión judeo-cristiana garantizaría precisamente que al abordarse el tema del poblamiento de Canarias no hubiese alternativa válida a la explicación histórica que aún se le concedía a la versión bíblica de la creación del hombre y su dispersión después del diluvio. Por ello los indígenas canarios fueron emparentados con los patriarcas de la Biblia, relacionándoseles a la postre con la estirpe de Adán (González Antón, 1982: 175; Farrujia, 2004). De este modo, los distintos autores que se ocuparon del origen de los indígenas canarios obraron de la misma manera que los investigadores europeos, quienes trataron de vincular la Europa occidental con la historia registrada en el Próximo Oriente y el mundo clásico, construyendo caprichosas genealogías que identificaban a algunos personajes bíblicos o conocidos a través de otros relatos históricos, como los fundadores de las naciones europeas o como sus primeros reyes (Trigger, 1992: 42; Farrujia, 2004). En el caso canario, por ejemplo, el portugués Gaspar Frutuoso (1964 [1590]: 92), o Torriani (1978

¹¹ Esta cosmovisión también propició que se considerase como algo natural que el modelo establecido de conducta humana degenerase, pues, aceptando la idea de la unidad del género humano, obra de un Dios único, los grupos que habían abandonado el Próximo Oriente habrían fracasado en la renovación periódica de su fe a través de las revelaciones divinas o de las enseñanzas cristianas, arrojándose en brazos del politeísmo, la idolatría o la inmoralidad. Y esta teoría de la degeneración se utilizó, igualmente, para dar razón de las primeras tecnologías de los cazadores-recolectores y de las tribus de agricultores cuando llegaron a las tierras europeas, si bien es cierto, no obstante, que los eruditos medievales se preocuparon mucho más de poder explicar la decadencia moral y espiritual que la del progreso tecnológico. No tenía ningún sentido pensar que el cambio o el progreso fuese intrínseco a la historia humana o que los seres humanos fuesen capaces, sin la ayuda de Dios, de conseguir ningún hecho de significación histórica. De este modo, los tiempos bíblicos se vieron como algo cultural, social e intelectualmente idéntico a los de la Europa medieval.

[1592]: 18) y Abreu Galindo (1977 [1602]: 34), vincularían a Gomer, hijo de Jafet, con los primitivos habitantes de La Gomera. Es decir, era la homonimia el recurso empleado para justificar, en última instancia, un modelo de poblamiento difusionista, acorde con la mentalidad imperante.

Pero el modelo de poblamiento que más arraigo tendría en las primeras fuentes escritas canarias sería el elaborado a partir del relato de la Torre de Babel, siendo éste precisamente el relato que dio sentido a la denominada leyenda de las lenguas cortadas, una hipótesis poblacional de la que se harían eco, con ligeras variantes, la práctica totalidad de las primeras fuentes documentales¹². Según la referida leyenda, las Islas Canarias habrían sido pobladas por africanos deportados que, como castigo, habrían sido deslenguados y expulsados por los romanos de sus dominios (*Mauritania Tingitana*). La arribada de estas poblaciones deslenguadas al Archipiélago, su posterior aislamiento y la incomunicación existente entre los habitantes de unas islas y otras (pues desconocían la navegación), habría propiciado, a su vez, que en cada territorio insular se acabase desarrollando una lengua o dialecto diferente, de ahí que los habitantes de las distintas islas no se entendiesen entre sí (Farrujia y Arco, 2002). Por su parte, según el relato bíblico de la Torre de Babel, habría sido Dios quien, como castigo, habría impuesto a la humanidad la diversidad de idiomas, propiciando igualmente su éxodo. Por tanto, nos encontramos con que en ambos relatos (Torre de Babel y leyenda) las concomitancias son evidentes: un castigo ejecutado por entidades superiores (Dios/Autoridades romanas) desencadena la posterior expulsión y consiguiente dispersión de unas gentes que acaban hablando lenguas distintas¹³. El motivo de esta expulsión presenta ligeras variantes según los autores que se hicieron eco de la leyenda, pero en el fondo de todas las explicaciones subyace un hecho común: la expulsión de unas gentes de un territorio por no respetar las reglas culturales, económicas y religiosas impuestas por los romanos. En el relato bíblico, el castigo también es fruto de la no aceptación de una voluntad, si bien en este caso divina.

En definitiva, queda reflejado cómo el modelo de poblamiento subyacente en la leyenda de las lenguas cortadas se inspiró en el relato bíblico, concretamente en la segunda diáspora impuesta por Dios a la humanidad tras su presunción de construir la

¹² Estas fuentes documentales aparecen referidas en Farrujia y Arco (2002), y extractadas en Farrujia (2004).

¹³ En relación con las similitudes existentes entre ambos relatos son sintomáticas las propias palabras de Leonardo Torriani, quien al hacerse eco de la referida leyenda de los deslenguados, no dudó en admitir *que tanto creció entre ellos la confusión de las lenguas, que (casi como los de la torre de Babilonia), un pueblo no comprendía al otro* (Torriani, 1978 [1592]: 20).

Torre de Babel. Por tanto, desde el punto de vista teórico, la referida leyenda se articuló a partir de un enfoque de corte difusionista, que fue resultado directo de la propia cosmovisión judeo-cristiana¹⁴.

La procedencia africana de los primeros pobladores del Archipiélago, y por tanto, la ubicación del foco difusor en el vecino continente, se explica igualmente en función de otros factores bien sintomáticos. La proximidad geográfica de las Islas Canarias con respecto a África llevaría a los distintos cronistas, etnohistoriadores, etc., a ubicar el área de procedencia de los primitivos isleños, de forma acomodaticia, en la franja occidental del continente africano. Asimismo, de forma paralela, la propia cosmovisión judeo-cristiana venía a respaldar este parecer, pues habría sido la dispersión por la tierra de los tres hijos de Noé (Sem, Cam y Jafet), la que habría dado lugar a la divergencia de las lenguas primitivas y a la presencia de africanos en las islas. A partir de esta creencia bíblica, las lenguas de África se denominaron camíticas, las del Levante semíticas y las de las tierras del norte jaféticas, de manera que para los primeros cronistas, etnohistoriadores, etc., debió de parecer obvio que las Islas Canarias, ubicadas frente a África, fueran pobladas primitivamente por los descendientes de Jafet (Gomero, Magog, Madai, Javan, Tubal, Masoch y Tiras) –tal y como llegaría a sostenerlo, por ejemplo, Leonardo Torriani (1978 [1592]: 18)-, pues a Jafet le había sido concedida el África Atlántica y era lógico suponer que las islas, ubicadas frente al Atlas, también formaran parte de su patrimonio.

Pero en la génesis de la hipótesis africanista influirían también, decisivamente, los paralelismos etnográficos y lingüísticos establecidos entre las poblaciones canarias y las del vecino continente. En este sentido, y según llegaría a sostener al respecto Fray Alonso de Espinosa, al referirse a los guanches de Tenerife

... Ellos son africanos y de allá traen su descendencia, así por la vecindad de las tierras, como por lo mucho que frisan en costumbres y lengua, tanto que el contar es el mismo de unos que de otros. Allégese a esto también que los manjares son los mismos, como es el gofio, leche, manteca, etc. [Espinosa, 1980 (1594): 33].

Abreu Galindo, por su parte, señalaría lo siguiente al referirse al poblamiento de las Canarias orientales:

¹⁴ Un análisis arqueológico del poblamiento de Canarias y de la inviabilidad histórica de la referida leyenda puede consultarse en Farrujia y Arco (2002) y en Farrujia (2006).

De ello se puede colegir qué nación haya venido a cada isla, conforme a la consonancia de los vocablos. Atenta la cual, parece que a Lanzarote, Fuerteventura y Canaria arribó la nación de los alárabes, entre los africanos estimada en más; porque en estas tres islas llamaban los naturales a la leche aho, al puerco, yfe; a la cebada, tomosen; y ese mismo nombre tienen los alárabes y berberiscos. De donde parece claramente que los naturales de estas islas vinieron de África, y que son de la descendencia de Cam y Jafet, hijos de Noé [Abreu, 1977 (1602): 32]¹⁵.

En relación con los paralelismos etnográficos aquí aducidos, todo apunta a que éstos no proceden de la observación directa de las poblaciones norteafricanas en su entorno de origen. Ello consideramos que es así, por un lado, porque sabemos que ni Espinosa, ni Abreu, ni Torriani estuvieron en África. Y por otro lado, a este dato debiéramos de añadir el escaso grado de conocimiento que por esas fechas (siglo XVI) se poseía sobre los pueblos que habitaban el norte del vecino continente. Sin embargo, frente a esta realidad, es bien sabido (Torres, 1991: 135-166; Anaya, 2002: 849) que las razzias y cabalgadas efectuadas por los conquistadores en Berbería con el pretexto de perseguir a los infieles, llevaron a la captura de esclavos que pasaron a las islas. Por ello no es descartable que la información aducida por Espinosa, Abreu y Torriani proviniese de la observación directa de estas gentes una vez asentadas en las Islas Canarias¹⁶. Al respecto es sintomático el siguiente hecho: la presencia en las islas de esclavos blancos (moriscos, moros, berberiscos y turcos), procedentes de Argel y de Berbería, es decir, de una zona berberófona por excelencia, fue importante desde la primera mitad del siglo XVI, principalmente en islas como Lanzarote y Fuerteventura, en detrimento de Tenerife. En Gran Canaria, por ejemplo, la inmigración morisca había alcanzado tales proporciones sobre 1501 que el Gobernador Lope Sánchez de Valenzuela ordenó no admitir a más moriscos en la isla, salvo los cautivos, sin licencia real. Y en conexión igualmente con esta realidad y con la génesis de la información africanista vertida por Espinosa, Abreu o Torriani, tampoco debiéramos perder de vista otros dos aspectos. En primer lugar, es sabido que a los grupos de guanches que no se integraron a la nueva sociedad a medida que avanzaba el proceso colonizador, se fueron uniendo otros guanches así como moriscos y berberiscos esclavos que huían de la servidumbre. En

¹⁵ Torriani también esbozaría una hipótesis africanista similar a la esbozada por Abreu para las islas orientales (Torriani, 1978 [1592]: 20-25).

¹⁶ En relación con esta afinidad discursiva, no perdamos de vista que Espinosa, Torriani y Abreu manejaron fuentes comunes al redactar sus historias generales, lo que permite reforzar igualmente la afinidad de pareceres que mostraron al abordar determinados temas. Un enfoque interesante sobre la procedencia de la información contenida en estas fuentes puede consultarse en Baucells (2004).

segundo lugar, es cierto que estos esclavos importados realizaron abundantes matrimonios con otros grupos humanos como los cristianos viejos, quienes minoritarios en Lanzarote y Fuerteventura hubieron de unirse a ellos. Pero no menos cierto es que en el resto de las islas se casaron frecuentemente con los guanches. Si a ello unimos la posibilidad de que tanto los guanches como los esclavos blancos norteafricanos compartiesen algunas costumbres similares y dialectos del mismo tronco lingüístico, entonces parece comprensible que la asociación entre unos y otros se acabase convirtiendo en un argumento recurrente a la hora de explicar el origen del poblamiento de Canarias; máxime si tenemos presente que los moriscos siguieron comportándose como un grupo culturalmente diferenciado, pues una vez asentados en las islas mantuvieron su antigua lengua, religión y costumbres, lo que les costó numerosos procesos de la Inquisición¹⁷.

Frente a esta realidad aquí descrita, lo cierto es que la información oral indígena no contribuiría a clarificar el problema de los orígenes, pues tal y como llegó a referir Abreu Galindo,

Por que esta lectura no sea desabrida a los naturales de estas islas quanto parece, y no conciban en sí aborrecimiento contra ella y su autor, como los he visto ya desabrirse tratando de su origen, teniendo para sí que los queríamos descender de los secuaces de Mahoma, en decirles que proceden de los africanos, será bien desengañarlos, por que no se vayan tras la sonada de africanos; y entiendan que no se llamaron paganos aquellos de donde decimos que descenden, sino gentiles, aunque bien se dirán africanos por el nombre de la región de donde vinieron, llamada África. Y también se dirán por este respecto, porque los moros se dijeron por la Mauritania, región de donde los naturales de estas islas tengo dicho haber venido; la cual no se dijo Mauritania porque en ella viviesen los secuaces de Mahoma, sino porque la gente que en ella vive es toda morena, y <<mauro>> quiere decir obscuro o negro; y porque esta gente es de color moreno, se llaman mauros, que quiere decir morenos [Abreu, 1977 (1602): 35].

Parece obvio, pues, que al menos una parte de los propios descendientes de los indígenas procuraron ocultar el origen africano de sus ancestros, y ello debido básicamente a que por esa época el término opuesto a la Cristiandad era el Islam, siendo

¹⁷ Los esclavos negros también fueron importantes numéricamente en Canarias a partir de mediados del siglo XVI, básicamente por su empleo como mano de obra en los ingenios azucareros. Sin embargo, no constituyeron, por razones de índole cultural y somática, un grupo humano emparentable con los indígenas canarios.

esta la religión de la gran mayoría de los habitantes de África. De este modo, Abreu, consciente de ello, intentó relacionar el término “africano” con unas implicaciones estrictamente geográficas y no religiosas. Téngase en cuenta, además, en relación con la actitud reacia de los indígenas a desvelar la procedencia de sus antepasados, las propias aspiraciones sociales que tuvieron los indígenas que permanecieron en las islas tras su conquista y colonización. En una sociedad regida estrictamente por los principios de la religión cristiana y controlada por el férreo Tribunal de la Santa Inquisición, era lógico que buena parte de los descendientes de indígenas intentaran renegar de un pasado que no era propicio para su integración en el nuevo sistema establecido. El pasado africano, sencillamente, podía ser entendido como un sinónimo de paganismo, de herejía.

Por consiguiente, en función de la información hasta aquí barajada, ha quedado reflejado cómo fueron la cosmovisión-judeo cristiana, la proximidad geográfica de las islas con respecto a África y los paralelismos etnográficos y lingüísticos, los elementos que sustentaron las primeras hipótesis de poblamiento de corte difusionista (mitos de Jafet y Gomer, leyenda de las lenguas cortadas, o hipótesis africanista etnológico-lingüística) y, por ende, la conexión entre Canarias y el norte de África. La información oral indígena no parece haber sido relevante al respecto. Esta concepción del poblamiento se mantendría estable y con carácter de vigencia en la historiografía canaria hasta mediados del siglo XIX.

4. La crisis de la conexión entre Canarias y el norte de África: la europeización del guanche... *prehistórico*

Coincidiendo con el desarrollo de la Arqueología y de la Antropología física europeas en la segunda mitad del siglo XIX, el marco de referencia europeo, especialmente el francés, tuvo un impacto decisivo en el nacimiento y desarrollo de la Prehistoria canaria, pues fue la relación entablada entre los autores canarios y los franceses la que definió el desarrollo de la por entonces emergente arqueología canaria. Tales contactos serían iniciados por Sabin Berthelot y posteriormente continuados por

otros autores, tales como Gregorio Chil y Naranjo¹⁸. Por consiguiente, al igual que en Europa, el desarrollo de los estudios prehistóricos en Canarias estuvo marcado por la incorporación del evolucionismo, del difusionismo y de los principios positivistas. Por este motivo, los intelectuales canarios y extranjeros que estudiaron a los indígenas canarios recurrieron a las tesis difusionistas y evolucionistas al explicar el cambio cultural. Era inexplicable que los grupos humanos que habían vivido aislados pudieran evolucionar al mismo ritmo y de la misma manera que los grupos de otras áreas geográficas, y por ello las tesis difusionistas, a partir del mecanismo de la migración, procuraron las explicaciones necesarias para entender las similitudes observadas entre los primeros habitantes de Canarias y otros focos de procedencia europeos. Pero ¿por qué europeos y no africanos? Existen diversas razones que explican esta realidad.

En primer lugar, el descubrimiento de la raza de Cro-Magnon en La Dordogne (Francia) en 1868 y las similitudes anatómicas observadas entre esta raza y los indígenas canarios propiciaron el establecimiento de un nexo entre ambas razas y, consiguientemente, entre su cultura material. Ello originó que la cultura material guanche¹⁹ fuese sobrevalorada, justificándose así su incorporación, desde tiempos remotos, a las líneas más progresivas de la evolución humana. Téngase en cuenta que los antropólogos franceses, especialmente Paul Broca, concebían la raza de Cro-Magnon como una raza inteligente que había sido capaz de desarrollar arte, un claro indicio de su fina organización cerebral (Schiller, 1979: 156), y los autores canarios, por supuesto, también secundaron este punto de vista, pues ello implicaba la inserción de los guanches en la alta civilización europea. Por consiguiente, las culturas indígenas canarias fueron tratadas como si compartieran un mismo grado de desarrollo que el observado en distintos puntos de Europa. En este sentido, los modelos del evolucionismo cultural contribuyeron a simplificar a los indígenas canarios, al igual que sucedió con otras sociedades primitivas (Johnson, 2000: 178). Parecía inexorable que todas las sociedades evolucionarían hacia la formación de un Estado.

La adopción de estas premisas – no constatadas arqueológicamente – permiten entender las relaciones que algunos autores canarios como Gregorio Chil y Naranjo

¹⁸ Fue en la segunda mitad del siglo XIX cuando comenzaron los estudios antropológicos y arqueológicos en Canarias y cuando se fundaron las instituciones científicas asociadas a ambas disciplinas: *El Gabinete Científico* (1877) y *El Museo Canario* (1880) (Farrujia, 2005b).

¹⁹ A pesar de que éste es el etnónimo con que se designa a los primitivos habitantes de Tenerife, en el siglo XIX este término fue utilizado en sentido genérico para designar a los habitantes del Archipiélago canario. Hoy en día no existen dudas acerca del origen íbico-bereber de los primeros pobladores de las Islas Canarias.

(1876) o Juan Bethencourt Alfonso (1912) propusieron entre los guanches y algunas culturas europeas (celtas e iberas), pues esta era la única manera de ligar a los indígenas canarios con la historia universal. Tal y como ha señalado Fernando Estévez (1987: 100 y 163) al respecto, la aplicación de la teoría evolucionista elaborada en Europa – asimilada por los autores canarios – emplazaba a las sociedades no occidentales fuera de la historia. Dentro de estas coordenadas, sólo las grandes civilizaciones antiguas podían reclamar una posición honorable en la historia de la humanidad, y precisamente por ello los autores canarios insistieron a la hora de asociar a los indígenas canarios con los fundadores de las grandes civilizaciones. En conexión con esta realidad debería tenerse presente otro hecho: el concepto de raza desarrollado por Broca y sus colegas implicaba que las razas no blancas eran incapaces de obtener el mismo nivel de desarrollo que la raza blanca en ciencia, tecnología y arte (Schiller, 1979: 137-138).

El uso precario de la información arqueológica generada en el siglo XIX también permite explicar esta situación descrita. Téngase presente al respecto la formación profesional de los autores canarios (muchos de ellos eran doctores o desempeñaban profesiones liberales), el desconocimiento de la realidad arqueológica de las islas y, por supuesto, el desconocimiento de la realidad arqueológica del norte de África. No fue hasta la década de 1880, tras la intervención europea en el norte de África, cuando la arqueología colonialista desarrollada en este continente comenzó a dar sus frutos (Trigger, 1992; Farrujia, 2005a). Ello impidió el establecimiento de paralelos culturales entre Canarias y el norte de África, aunque en cualquier caso, y dado el propósito partisano subyacente en el discurso de los autores burgueses canarios, el foco de referencia para las relaciones culturales extra-canarias se emplazó siempre en Europa. Por esta razón, los autores canarios no relacionaron a los primeros pobladores de las islas con los Bereberes, pero sí con los pobladores prehistóricos de Europa, a pesar de que, como queda dicho, el norte de África prácticamente no existía desde el punto de vista arqueológico hasta bien entrado el último tercio del siglo XIX. La influencia de la literatura arqueológica francesa sobre los autores canarios y, consecuentemente, de los argumentos de los autores franceses en aspectos como la identidad, explica, paralelamente, el protagonismo de la raza de Cro-Magnon y del horizonte celta en la literatura arqueológica desarrollada sobre los guanches hasta comienzos del siglo XX.

4.1. *El discurso anti-evolucionista y la pervivencia del africanismo*

Por lo que respecta a la acogida que las ideas evolucionistas tuvieron en Canarias, se observa, al igual que en el resto de Europa, el total rechazo hacia ellas por parte de los sectores más reaccionarios de la sociedad y su aceptación por los grupos liberales. Ello propiciaría el desarrollo del pertinente debate entre evolucionistas y creacionistas, o lo que es lo mismo, entre positivistas²⁰ y tradicionalistas católicos²¹, con las pertinentes repercusiones en la disquisición sobre el poblamiento de Canarias y la relación arqueológica entre las islas y el norte de África.

En el ámbito canario, sería concretamente tras la aparición de los *Estudios históricos, climáticos y patológicos* (1876) de Gregorio Chil y Naranjo, cuando se desató en Canarias la consiguiente polémica entre los partidarios y los detractores del evolucionismo, girando el problema central en torno al tema de la creación del ser humano. En la Introducción de tal obra, y al referirse al origen del hombre durante el Cuaternario, Chil sostendría que el hombre procedía del mono (Chil, 1876: 14), y ello implicaba, obviamente, que el médico canario había renegado de la visión creacionista defendida por la Iglesia católica. La aceptación de la existencia del hombre fósil, sencillamente, iba en contra de los preceptos de la Iglesia, pues de acuerdo con la tradición judeo-cristiana, si Adán y Eva eran ya civilizados y tenían escritura, ciudades, agricultura y ganadería, entonces no era posible defender la existencia de salvajes cuaternarios y, por lo tanto, sería una falacia la presencia de hombres fósiles en la tierra²².

El debate entablado en Canarias entre evolucionistas y tradicionalistas, por tanto, venía a personificar, en cierto sentido, la pervivencia de polémicas en el ámbito teórico, representadas por el pensamiento tradicionalista del clero frente al liberal y racionalista. En el campo arqueológico, los autores evolucionistas, caso de Gregorio Chil y Naranjo, Agustín Millares Torres o Juan Bethencourt Alfonso, siguiendo la tesis de los autores franceses (Sabin Berthelot o René Verneau), relacionarían a los primeros pobladores de las islas con la raza de Cro-Magnon, y defenderían la existencia de la Edad de la Piedra en Canarias y, por ende, la relación de Canarias con el marco de referencia europeo. Sin

²⁰ El positivismo es una doctrina que se basa en el conocimiento del dato positivo dado en la experiencia y su saber (ciencias positivas) responde al método inductivo. Surge en torno a una ciencia, la biología, e irrumpe en España en 1875. Con él se experimentó un giro desde la dialéctica hacia el evolucionismo.

²¹ El tradicionalismo católico o ultramontanismo está inspirado en el tradicionalismo francés que propone un fideísmo, movimiento filosófico que admite preferentemente la fe, acentuado por la desconfianza en la razón. Acude en todo momento a la autoridad de la Roma Católica y su eje central reside en la autoridad de la jerarquía eclesiástica. Es contrario a la descristianización y al racionalismo.

²² Los detalles teóricos y metodológicos en torno al referido debate pueden consultarse en Farrujia (2004).

embargo, los tradicionalistas católicos, por su parte, fieles a la cosmovisión judeo-cristiana, renegaron de este parentesco y abogaron por la relación entre los indígenas canarios y los pueblos bíblicos (fenicios o cananeos), recurriendo a un modelo teórico exclusivamente difusionista²³. Esta fue la postura defendida por Manuel de Ossuna y Van den Heede. Otros autores tradicionalistas como Emiliano Martínez de Escobar o Antonio María Manrique y Saavedra desestimarían la hipótesis de los evolucionistas y rescatarían un modelo ilustrado, la hipótesis atlantista²⁴, a la hora de explicar la primitiva colonización insular. Es decir, al renegar de las teorías evolucionistas, ambos eruditos restituyeron anacrónicamente una hipótesis de poblamiento dieciochesca, elaborada a partir de un modelo explicativo afín a su posicionamiento teórico y ético. Obviamente, tanto Manuel de Ossuna, como Emiliano Martínez o Antonio María Manrique siguieron siendo fieles a las Sagradas Escrituras y, por tanto, siguieron respaldando la conexión canario-africana a partir del *Génesis* y sin el pertinente apoyo arqueológico.

Este panorama científico aquí descrito se mantendría estable hasta el estallido de la Guerra Civil española. No obstante, a partir de 1939 la arqueología desarrollada en España experimentaría una serie de cambios importantes que tuvieron una clara repercusión en el estudio de la relación canario-africana en tiempos prehistóricos.

5. La recuperación de la conexión canario-africana: el protagonismo del Sahara... prehispanico

La arqueología desarrollada en España a comienzos del siglo XX, durante el franquismo, estuvo directamente condicionada por las premisas políticas del sistema: la unidad nacional del estado español (incluidas las Islas Canarias) y las aspiraciones africanistas del régimen (Farrujia, 2007). En este sentido, la arqueología fue vulnerable a las presiones ideológicas de la dictadura de Franco, pues el autoritarismo centralista de Franco propició que la arqueología fuese empleada para reforzar las aspiraciones del

²³ Un comportamiento constatado entre los antievolucionistas europeos, consistente en la aceptación de los postulados difusionistas como único modelo explicativo posible (Johnson, 2000: 177), también estuvo presente en los autores canarios antievolucionistas.

²⁴ La hipótesis atlantista, desarrollada en el siglo XVIII, identificaba a los primeros pobladores de Canarias con los descendientes de la mítica Atlántida. Este modelo poblacional se articuló a partir de las fuentes clásicas (el *Timeo* y *Critias* de Platón) y de la cosmovisión judeo-cristiana (relación entre la desaparición de la Atlántida y el Diluvio Universal).

régimen. La prehistoria, en este sentido, fue empleada fuera de los círculos académicos para validar las aspiraciones nacionalistas.

En el caso de las Islas Canarias, y en concordancia con los ideales ultra-nacionalistas del régimen franquista, autores como José Pérez de Barradas (1939) o Sebastián Jiménez Sánchez (1963) defendieron, a partir del historicismo cultural²⁵, la comunidad de origen (racial y cultural) entre los primeros habitantes de las Islas Canarias, la Península Ibérica y el Sahara Español. Esta tesis, obviamente, reforzaba la idea de una unidad nacional desde la prehistoria y ayudaba a legitimar las aspiraciones africanistas del régimen²⁶. Téngase en cuenta que la prehistoria española, definida por diferentes culturas regionales, quedaba fuera de la esfera de propaganda de la unidad nacional. Por ello, Pérez de Barradas señaló, al hablar del primer poblamiento de Canarias, que era necesario rechazar la idea de una pluralidad racial postulada por los autores franceses, entre ellos René Verneau, para Canarias, y que era necesario deplorar tales separatismos. Según la hipótesis de los autores galos, hasta entonces aceptada, los guanches estaban relacionados con la raza de Cro-Magnon francesa y, consiguientemente, con la cultura francesa. Según Pérez de Barradas, el primer poblamiento de Canarias tuvo un origen común con el de la Península Ibérica, pues en ambos casos los primeros pobladores procedían del Sahara (Pérez, 1939). De hecho, desde el punto de vista racial, y después de la Guerra Civil, el Cro-Magnon canario comenzó a ser relacionado con la base étnica del Oraniense del Noroeste de África, continuación del Mechta el-Arbi y Afalu-bu-Rhummel, y habría alcanzado las islas durante su fase neolítica (Farrujia, 2007).

Otra de las hipótesis desarrollada por los arqueólogos que trabajaron durante el franquismo – Pérez de Barradas (1939), Jiménez Sánchez (1963) y Luis Diego Cuscoy (1968) –, insistió en la relación existente entre los primeros pobladores de Canarias y las culturas Ibero-mauritana e Ibero-sahariana. Con esta teoría se volvía a validar el origen común para los primeros pobladores de Canarias, la Península Ibérica y el Sahara Español, fechándose la primera colonización de las islas en el tercer milenio antes de la Era, aunque sin el concurso de dataciones absolutas. En otras palabras, la razón por la

²⁵ Los motivos que explican el arraigo del historicismo cultural entre los arqueólogos españoles de la época pueden consultarse en Farrujia (2007).

²⁶ Las tres colonias españolas en África eran Guinea Ecuatorial, el Sahara Español y el Protectorado de Marruecos. Guinea Ecuatorial, integrada por la isla de Bioko y la parte continental de Mbini, fue colonia desde 1778 hasta 1968, a pesar de que la segunda región fue incorporada en 1923. El Sahara español, hoy Sahara Occidental, fue ocupado por Marruecos en 1975.

que tantos arqueólogos siguieron las tesis saharianas radica en que, durante el régimen franquista, se persiguió encontrar una solución a los problemas de la prehistoria canaria a partir del conocimiento de los problemas arqueológicos de las posesiones españolas en África occidental: fueron las premisas políticas las que llevaron a emplazar el origen de la colonización de las Islas Canarias en el ámbito africano. Y ello vino acompañado del empleo del término *prehispanico*, con el que los autores de la época designaron al período cultural indígena canario, en sentido genérico, desde el Neolítico hasta el redescubrimiento de las Islas Canarias en el siglo XIV²⁷.

Desde el punto de vista arqueológico, por consiguiente, la filiación sahariana de los guanches fue una consecuencia directa de la manipulación política antes que de una realidad arqueológica contrastada. Téngase en cuenta que el conocimiento arqueológico del Sahara – y especialmente del Sahara marroquí – era prácticamente inexistente tras la Guerra Civil. La investigación española desarrollada por los arqueólogos se había limitado a resumir investigaciones francesas, mientras que en el apartado de los trabajos de campo, tan sólo se había efectuado, en 1928, una pequeña prospección paleolítica de Hugo Obermaier en las terrazas del río Martín (Farrujia, 2007). Todo apunta, por tanto, a que los arqueólogos españoles que trabajaron con posterioridad a 1930 no contaban con los argumentos arqueológicos suficientes a la hora de insistir en la comunidad de origen del poblamiento canario, peninsular y sahariano; y sin embargo, se dio por sentada esta realidad.

Por lo que respecta a las implicaciones culturales y cronológicas, el establecimiento de la primera colonización de las islas en torno al tercer milenio antes de la Era, sin el concurso de dataciones abosultas²⁸, tenía una causa material. Desde el punto de vista arqueológico, toda la serie de rasgos supuestamente neolíticos que parecían detectarse en las manifestaciones de la cultura material indígena canaria (cerámica, industria lítica, industria ósea, etc.), encajaban perfectamente dentro de la visión neolitizante que entonces, y desde finales del siglo XIX, se venía defendiendo para el primer poblamiento humano de las islas. Asimismo, todos estos rasgos parecían corresponderse

²⁷ Tal y como ya hemos argumentado (Farrujia, 2007), el término prehispanico lleva implícita toda una carga ideológica, pues con él se reforzaba la vinculación de Canarias con la identidad y nación hispana (baste recordar que por estas fechas se defendía una raigambre ibero-mauritana e ibero-sahariana para los indígenas canarios), al tiempo que la identidad cultural precedente se anulaba, cobrando ésta sentido sólo en función del aporte hispano.

²⁸ Tal y como señaló Jiménez Sánchez (1963: 12), las pocas dataciones radiocarbónicas por entonces conocidas eran poco útiles, pues ninguna era anterior a la Era cristiana.

con los definidos para las culturas Ibero-mauritana e Ibero-sahariana²⁹. De esta manera, el forzoso establecimiento de comparaciones entre el mundo canario y la prehistoria africana garantizó que se aceptasen unas cronologías tan altas a la hora de ser abordado el tema de la primera colonización insular. Sólo manejando estas cronologías tan elevadas era posible relacionar el primer poblamiento de las islas con las fechas barajadas para el ámbito norteafricano. Asimismo, como habían sido los estudios de los arqueólogos peninsulares (Bosch-Gimpera, Pericot, Martínez Santa-Olalla o Almagro Basch) los que sostenían que la primera manifestación neolítica común a África del norte y al Levante español (el llamado Ibero-mauritano) no iba más allá del tercer milenio, ello implicaba que el poblamiento de Canarias, al que se le atribuía una misma raigambre, tampoco podía ser anterior al tercer milenio. De esta manera, y sin criterio científico alguno, se acabó aceptando acomodaticiamente el III milenio a.n.e. como el *terminus post quem*, es decir, como una fecha antes de la cual las islas no estaban habitadas.

6. Canarias y el norte de África... no sólo el Sahara

A partir de 1969 se produjeron toda una serie de cambios en el seno de la arqueología canaria que tuvieron una clara repercusión en la formulación de la relación entre Canarias y el norte de África, tal y como ya hemos argumentado (Farrujia, 2007: 300-315). En primer lugar, porque en ese año Luis Diego Cuscoy y Sebastián Jiménez Sánchez se desvinculan de la Delegación provincial, a raíz de la instauración en 1968 de la Inspección General de Excavaciones Arqueológicas, única para toda España y adscrita a la Dirección del Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Ello supuso la sustitución de los delegados provinciales, que fueron relegados por los Consejeros Provinciales de Bellas Artes, cargo para el que fueron designados Jesús Hernández Perera en Santa Cruz de Tenerife, y José Miguel Alzola en Las Palmas de Gran Canaria. En segundo lugar, ya desde finales de 1968 se produjo la incorporación en 1968 de

²⁹ El Hispanomauritano, fechado en torno al III milenio a.n.e., se definía por la industria pulimentada, por la talla del pedernal, por la industria de hueso rudimentaria y por una cerámica de vasos lisos y de recipientes decorados profusamente, estampillados con conchas y completados en muchas ocasiones por la pintura en rojo. La cultura Ibero-sahariana, por su parte, se fechó en torno a los comienzos de la segunda mitad del III milenio a.n.e., definiéndose por la talla rica del pedernal, por una cerámica de formas aquilladas y geométricas, pintadas uniformemente o con motivos decorativos a veces, por utensilios cuidados de hueso, por el abundante trabajo de la piedra pulimentada y por el hábitat en poblados bien construidos (Farrujia, 2007).

arqueólogos a la Universidad de La Laguna, destacando la figura de Manuel Pellicer, Catedrático Agregado de Arqueología y Prehistoria por oposición, al frente del recién inaugurado Departamento de Arqueología, Prehistoria y Etnología. Ello supuso la vinculación de la investigación arqueológica al quehacer académico y universitario y la formación de especialistas. Y en tercer lugar, porque es precisamente a principios de 1969 cuando se asiste a la celebración del Simposio Internacional del Hombre de Cro-Magnon, un evento científico que vino a representar la culminación de una etapa científica iniciada en 1939 a raíz de la instauración de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas y de las Comisarías provinciales de Canarias (1941), definida por el desarrollo de una Arqueología oficial de corte unitario y españolista, articulada a partir del historicismo cultural y del difusionismo.

Una vez creado el Departamento de Arqueología, Prehistoria y Etnología de la Universidad de La Laguna, se comenzarían a experimentar algunos cambios en la teorización del primitivo poblamiento de las islas. Y estos cambios, en definitiva, propiciaron que se empezasen a cuestionar, a partir de entonces, algunas de las bases de la Arqueología oficial. El desarrollo, por parte de los arqueólogos que se incorporan a la Universidad de La Laguna, de muchas de las directrices y recomendaciones sugeridas en el Simposio de 1969, propició, en muy buena medida, que tal evento viniera a representar la culminación de una etapa científica (1939-1969), pues es precisamente a partir de 1969, tras la labor encabezada por Manuel Pellicer, cuando muchos de los enunciados teóricos que habían dado sentido a la Arqueología oficial comienzan a quebrarse. Ello no quiere decir que se experimentase una ruptura con respecto a la etapa precedente, ni tampoco un giro en la teoría arqueológica, pues lo cierto es que el historicismo cultural siguió siendo el modelo teórico a seguir. Tan sólo quiere decir que muchos de los paradigmas de la Arqueología oficial empezaron a quebrarse.

La primera empresa trazada por el Departamento pasaría por la confección de la Carta Arqueológica del Archipiélago canario, primer paso para poder estudiar la realidad arqueológica de las islas. Paralelamente, se procedió a la revisión de los distintos elementos culturales que habían permitido definir la Prehistoria canaria y se proyectó la excavación de un número suficiente de yacimientos con estratigrafía en cada isla para un estudio de estratigrafía comparada. Pellicer llegaría a señalar al respecto que *existe un tópico sumamente repetido y falso de que en Canarias no existen estratigrafías. Indudablemente su inventor no debió ser un arqueólogo de campo* (1968-

69: 297). De esta manera, Pellicer venía así a cuestionar una de las principales deficiencias metodológicas observada en los trabajos de Jiménez Sánchez, Álvarez Delgado o Diego Cuscoy. Con vistas a subsanarla, ya en 1971, Pellicer y su esposa, Pilar Acosta, procedían a excavar una cueva de habitación con estratigrafía en Barranco Hondo (Tenerife), mientras que Cuscoy, por su parte, hacía lo propio en la Cueva de Belmaco y, en 1970, procedía a excavar otro yacimiento con estratigrafía –en este caso sepulcral- en el Barranco de Agua de Dios (Tegueste, Tenerife). Las dataciones absolutas procedentes de la Cueva de la Arena, en Barranco Hondo, permitirían rebajar las fechas barajadas para el primer poblamiento de las islas, remontándose ahora la primera colonización insular hasta mediados del primer milenio a.n.e. (Pellicer, 1971-72: 48-72), fecha que no sería aceptada por la totalidad de la comunidad científica canaria al proceder de un estrato cuya ocupación humana se puso en duda.

A pesar de este disenso existente en relación con la referida cronología, lo cierto es que las nuevas fechas manejadas a partir de 1971 para el primer poblamiento de Canarias permitirían romper los vínculos que, hasta entonces, se habían entablado entre el Archipiélago y las culturas Ibero-mauritana e Ibero-sahariana. Esta nueva lectura de la Prehistoria canaria coincide en el tiempo con el mayor aperturismo del régimen franquista y, paralelamente, con otra realidad bien concreta que acabaría incidiendo en la teorización del primitivo poblamiento. Nos referimos a la crisis de la vocación africanista del régimen franquista, plasmada con la pérdida en 1968 de Guinea Ecuatorial. Por su parte, el Sahara Español, hoy Sahara Occidental, sería ocupado en 1975 por Marruecos. Esta nueva realidad geopolítica, no obstante, no supondría la erradicación de la relación arqueológica entre Canarias y el norte de África, por razones obvias. De hecho, Manuel Pellicer mantendría la necesidad de estudiar el ámbito africano con vistas a ahondar en el conocimiento de la realidad arqueológica canaria, sólo que a partir de un marco crono-cultural inserto en el primer milenio antes de la era.

7. La atomización de la relación entre Canarias y el norte de África

En función de la información hasta aquí barajada, ha quedado evidenciado cómo fue a partir de 1969 cuando comenzaron a quebrarse muchas de las ideas científicas que habían dado sentido y cohesión a la Arqueología oficial desarrollada durante el franquismo. En el terreno cultural e identitario, se rompió el lazo entre los indígenas

canarios y las culturas Ibero-sahariana e Ibero-Mauritana, por lo que, lógicamente, se diluyó igualmente la conexión con los tipos raciales de Mechta-el-Arbi y Afalu-bu-Rhummel, aunque no el vínculo con la raza de Cro-Magnon. La realidad antropológica canaria apunta ciertamente hacia esta conexión. Paralelamente, la inserción del primitivo poblamiento de las islas en el primer milenio a.n.e. propició la ruptura de las relaciones entre las Islas Canarias y el Egipto predinástico, desechándose así las tesis barajadas por algunos autores decimonónicos y franquistas (Farrujia, 2007). Sin embargo, existen tesis que han mantenido su carácter de vigencia, aunque con matizaciones, como es el caso de la hipótesis sahariana desarrollada para islas como La Palma (Navarro y Martín, 1985-87) o Tenerife (Farrujia y García, 2005 y 2007), o la hipótesis que aboga por la presencia de influencias atlánticas en islas como La Palma (Beltrán, 1971; Hernández Pérez, 1977). Asimismo, se ha insistido en la viabilidad del poblamiento fenicio-púnico del archipiélago (González *et alii*, 1995; González, 2004)³⁰, pero infravalorándose el papel “tamiz” del norte de África, y demostrándose una auténtica obsesión por la escala temporal, pues en esta propuesta se dedica mucha atención a las periodizaciones y a las dataciones absolutas, pareciendo que datar es la finalidad de la práctica arqueológica, lo que recientemente se ha criticado con el término de “cronocentrismo” (Falquina *et alii*, 2006)³¹.

Paralelamente, la lectura multicultural o multiétnica ha comenzado a tomar fuerza a partir de 1969, especialmente en la década de 1980, tras el protagonismo que han cobrado las islas como nichos o realidades arqueológicas con entidad propia y diferencial. En la progresiva configuración de esta realidad ha sido crucial la instauración de los Cabildos Insulares y el desarrollo de las inherentes políticas insularistas, especialmente tras la entrada en vigor del Estatuto de Autonomía de Canarias (1982). De este modo, la concepción bipolar de la Prehistoria canaria desarrollada durante el franquismo (guanches *versus* canarios) y condicionada por el pleito insular (Farrujia, 2007), ha quedado diluida ante el desarrollo de una nueva

³⁰ Recalamos que se ha *insistido* en la hipótesis fenicio-púnica puesto que la propuesta no es novedosa., a pesar de que en estos trabajos se presente como tal. Ya desde el siglo XV se barajó esta hipótesis, desarrollándose especialmente en el siglo XIX, a partir de argumentos arqueológicos, de la mano de autores como Sabin Berthelot o Louis Leon Cesar Faidherbe, entre otros. Incluso durante el siglo XX, autores como Pedro Hernández Benítez, Attilio Gaudio o Georges Marcy argumentaron en sus trabajos el poblamiento fenicio-púnico de Canarias. El propio concepto de *poblaciones transplantadas*, empleado como novedoso por González Antón *et alii* (1995), ya fue esgrimido en el siglo XIX por Berthelot y retomado posteriormente por Attilio Gaudio (Farrujia, 2004).

³¹ Hernández Gómez *et alii* (2004-2005) también se han hecho eco de esta problemática al analizar el panorama de la investigación arqueológica canaria reciente.

concepción de poblamiento insularista, en donde los responsables de la colonización de cada territorio insular “parecen” haber sido moradores distintivos, de ascendencia africana y con entidad propia en cada isla: guanches, canarios, majos, gomeros, bimbaches y auaritas.

Esta lectura de la Prehistoria canaria, obviamente, se ha traducido en la diversificación de las áreas africanas de procedencia de los primeros pobladores de Canarias, pues dentro del mundo líbico-bereber, cada una de las etnias ocupó áreas geográficas que se extienden, según los casos, desde el Sahara hasta el África argelina. En cualquier caso, buena parte de estas relaciones entre los indígenas canarios y las etnias norteafricanas se ha propuesto a partir de una base arqueológica prácticamente inexistente, y concediéndosele el peso de la argumentación a las fuentes clásicas y, en ocasiones, a la simple etimología³². Y no olvidemos que muchas de estas etnias del ámbito líbico-bereber se definieron, entre otros aspectos, por su comportamiento nómada, lo que dificulta en exceso la delimitación de las áreas que ocuparon desde una perspectiva crono-espacial.

Desde el punto de vista teórico, esta atomización de la conexión canario-africana se ha producido en un marco en el que la corriente histórico-cultural no ha desaparecido. No obstante, la pérdida de fuelle del enfoque difusionista, relegado a un segundo plano –pero inevitablemente presente–, la consiguiente crisis de los modelos de poblamiento de corte invasionista y la incidencia de la perspectiva ecológico-cultural, son algunos de los factores que han posibilitado la comprensión de la evolución cultural de cada una de las islas a partir del concurso de otras herramientas (incidencia de las propias variables ambientales en los grupos humanos, adaptación al medio, etc.) que permiten explicar, igualmente, la evolución y el cambio de las “nuevas” prehistorias insulares. De esta manera, la asociación isla-etnia-cultura viene a representar el nuevo paradigma científico políticamente plausible, pero en un marco en el que la colaboración científica con África sigue brillando por su ausencia.

³² Esta propuesta insularista aparece recogida, por ejemplo, en los siete volúmenes que integran la colección *La Prehistoria de Canarias*, editada por el Centro de la Cultura Popular Canaria entre 1992 y 1993. En relación con esta lectura insularista del poblamiento, el trabajo de Tejera Gaspar (2006) ofrece una propuesta – articulada a partir de las fuentes clásicas – sobre la ubicación geográfica de las distintas etnias en África y sobre sus posibles relaciones con los pobladores indígenas de las Islas Canarias.

8. Conclusiones

La relación establecida entre los indígenas canarios y el norte de África, desde una perspectiva historiográfica, se remonta a la segunda mitad del siglo XIV, cuando a raíz del redescubrimiento de las Islas Canarias se comenzó a emparentar a los indígenas de las islas con los moradores del vecino continente, a partir de la tradición judeo-cristiana y de los paralelismos etnográficos y lingüísticos. Este enfoque permanecería relativamente estable hasta mediados del siglo XIX. En la segunda mitad de esta centuria, el arraigo del evolucionismo, de la Arqueología, de la Antropología física y de la raciología, serían aspectos que acabarían convirtiendo a la “raza” en el elemento definidor de los modelos difusionistas esbozados a partir de entonces, aspecto éste que incidiría decisivamente en la europeización del guanche y en la infravaloración de la conexión canario-africana. Con posterioridad, tras la Guerra Civil española, el auge del historicismo cultural y los cambios experimentados en la arqueología canaria, fruto de su nacionalización e institucionalización, serían factores que acabarían posibilitando la eclosión de los modelos difusionistas de carácter algo más arqueográfico que los precedentes. Y ello, obviamente, permitiría la aplicación del concepto “cultura arqueológica”. Sin embargo, este giro aquí esbozado no daría pie, en ningún momento, a la desaparición del elemento racial, pues lo cierto es que la raza sería otro de los rasgos definidores de las tesis difusionistas por entonces en boga. Como consecuencia de esta lectura eminentemente “racial” de la prehistoria canaria y de la nacionalización de la arqueología desarrollada en las islas, se recuperó la conexión canario-africana, aunque focalizándose en el Sahara.

Frente a esta realidad, el panorama actual es bien desolador, pues las líneas de investigación hoy desarrolladas presentan soluciones dispares a la hora de ubicar la cuna de los primitivos pobladores del Archipiélago. De esta manera, nos encontramos con trabajos que abogan por focos de procedencia norteafricana distintos a los sugeridos por los autores franquistas, frente a aportaciones que siguen insistiendo en la raigambre sahariana de los primeros pobladores – especialmente en islas como La Palma o Tenerife –, en el carácter multiétnico de los indígenas canarios, o en la lectura revivalista del poblamiento al recuperarse la opción fenicio-púnica. Por consiguiente, a pesar de haberse consolidado la relación canario-africana, lo cierto es que no existe un consenso a la hora de abordarse el problema de los orígenes (¿cuándo se poblaron y colonizaron las islas?, ¿desde dónde llegaron los primeros habitantes?, ¿cómo llegaron?...).

En cuanto a la reflexión sobre la colonización y los posteriores procesos de cambio, muchos autores están demostrando una auténtica obsesión por la escala temporal, dedicándole mucha atención a las periodizaciones. La concepción del tiempo que se suele tener es lineal y se entiende el proceso de cambio como homogéneo para toda la sociedad o cultura en bloque, algo imposible a escala continental, y particularmente a escala insular. Además, los hitos que marcan los momentos de cambio se basan en un tipo de desarrollo tecnológico actualista, que tiene como referencia el desarrollo presente (por ejemplo, las fases cerámicas determinadas para La Palma). Esta tendencia debe hacer que, al analizarse la conexión entre Canarias y el Norte de África, nos planteemos la importancia de reflexionar sobre la escala temporal (y no sólo geográfica y material) en nuestra disciplina, o sobre las políticas del tiempo y el espacio en la construcción de los objetos de la disciplina arqueológica, pues toda periodización o corte selectivo del *continuum* cronológico supone una selección, una interpretación.

En síntesis, la problemática aquí esbozada para la arqueología canaria reciente consideramos que es consecuencia directa de cómo la comunidad científica canaria aborda el problema de la colonización insular y, por ende, la relación pretérita entre Canarias y el Norte de África, pues al intentar desentrañarse el interrogante de los orígenes, el panorama es bien desolador: en la actualidad no existen programas de investigación que contemplen el desarrollo de excavaciones sistemáticas, no sólo a nivel insular sino archipelágico. Mientras no se cubra esta faceta, nos seguiremos moviendo en arenas movedizas al abordar la cuestión de los orígenes. Además, si bien es cierto que la teorización sobre el primer poblamiento de Canarias es necesaria e ineludible, no menos cierto es que hasta tanto ésta teorización no cuente con el suficiente refrendo arqueológico, los esfuerzos serán vanos. Y obviamente, el propio rezago teórico de la arqueología canaria es otro de los factores que juega en contra a la hora de intentar dilucidarse éste y otros tantos problemas de la “balcanizada” arqueología de nuestras islas que, actualmente, carece de programas de cooperación e investigación con el continente africano. El conocimiento científico de la Prehistoria canaria sólo podrá incrementarse si se tiene en cuenta al vecino continente, no sólo como marco de referencia sino, principalmente, como parte activa en el proceso de investigación. Y para ello debemos tener presente que la relación entre el norte de África y las Islas Canarias (concibiéndose estas últimas como parte “integrante” de Occidente) es una relación de poder, construida sobre la subordinación de la idea de África al fuerte

imaginario occidental asentado en la superioridad centralista de un “nosotros” enfrentado a un “ellos”, lo no occidental, vivido como “lo extraño”.

9. Bibliografía

ABREU GALINDO, Fray J.: 1977 (1602). *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. Introducción y notas a cargo de Alejandro Cioranescu. Goya Ediciones. Santa Cruz de Tenerife.

ANAYA HERNÁNDEZ, L. A.: 2002. “Huidas de esclavos desde Canarias a Berbería en la primera mitad del siglo XVI”. En: Francisco Morales Padrón (coord.). *XIV Coloquio de Historia Canario-Americana. Las Palmas de Gran Canaria, 2000*: 849-858. Ediciones del Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria.

ANKERSMIT, F. R.: 2004. “Historiografía y postmodernismo”. *Historia Social*, 50: 7-23.

ARCE, J. y R. Olmos (coord.): 1991. *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (Siglos XVIII-XX)*. Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Madrid.

ARCO AGUILAR, M. C.; M. C. Jiménez Gómez y J. F. Navarro Mederos: 1992. *La arqueología en Canarias: del mito a la ciencia*. Interinsular. Ediciones Canarias. Santa Cruz de Tenerife.

ARÓSTEGUI SÁNCHEZ, J.: 2001. *La investigación histórica: teoría y método*. Colección Historia y Teoría. Editorial Crítica. Barcelona (2ª edición).

AYARZAGÜENA SANZ, M.: 1992. *La arqueología prehistórica y protohistórica española en el siglo XIX*. 2 tomos. Tesis doctoral inédita. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.

BAUCELLS MESA, S.: 2004. *Crónicas, Historias, Relaciones y otros relatos: las fuentes narrativas del proceso de interacción cultural entre aborígenes canarios y europeos (siglos XIV a XVII)*. Edición de la Fundación Caja Rural de Canarias. Las Palmas de Gran Canaria.

BELTRÁN MARTÍNEZ, A.: 1971. “El arte rupestre canario y las relaciones atlántidas”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 17: 281-306.

BETHENCOURT ALFONSO, J.: 1999 (1912). *Historia del pueblo guanche. Su origen, caracteres etnológicos, históricos y lingüísticos*. Tomo I. Francisco Lemus Editor. La Laguna (Tenerife). 3ª edición.

- CAMPS, G: 1998. *Los bereberes: de la orilla del Mediterráneo al límite meridional del Sáhara*. Enciclopedia del Mediterráneo, nº 2. CIDOB Ediciones. Icaria editorial. Barcelona.
- COYE, N.: 1997. *La Préhistoire en parole et en actes, méthodes et enjeux de la pratique archéologique, 1830-1950*. L'Harmattan. Paris.
- 2004. "La Préhistoire, une science utile". En: J. Évin (coord.). *La Préhistoire en France. 100 ans de découvertes*: pp. 4-6. Dossiers d'Archeologie, 296. Dijon.
- CUENCA SANABRIA, J.; G. Rivero López y C. García García: 1988. *La Arqueología en Gran Canaria durante el Comisariado de Excavaciones Arqueológicas, 1940-1965*. El Museo Canario. Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias. Las Palmas de Gran Canaria.
- CHIL Y NARANJO, G.: 1876. *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*. Tomo I. D. Isidro Miranda Impresor-Editor. Las Palmas de Gran Canaria.
- DANIEL, Glyn Edmund: 1986. *Historia de la Arqueología. De los anticuarios a V. Gordon Childe*. Alianza Editorial. Madrid.
- DEAMOS, M. B. y J. Beltrán Fortes (eds.): 2007. *Las instituciones en el origen y desarrollo de la Arqueología en España*. Spal Monografías, X. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla. Sevilla.
- DÍAZ-ANDREU, M. y G. Mora: 1997. "La Historiografía española sobre Arqueología: panorama actual de la investigación. En: Gloria Mora y Margarita Díaz-Andreu (eds.). *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (s. XVIII-XX): 9-18. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga. Ministerio de Educación y Ciencia. Málaga.
- DIEGO CUSCOY, L.: 1968. *Los Guanches. Vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife*. Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife, 7. Excmo. Cabildo Insular de Tenerife. Servicio de Investigaciones Arqueológicas. Santa Cruz de Tenerife.
- 1982. "El Museo Canario y factores determinantes de su continuidad". *El Museo Canario*, XLII: 7-18.
- ESPINOSA, Fray A.: 1980 (1594). *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*. Introducción y notas a cargo de Alejandro Cioranescu. Goya Ediciones. Santa Cruz de Tenerife. 3ª edición.
- ESTÉVEZ GONZÁLEZ, F.: 1987. *Indigenismo, raza y evolución. El pensamiento antropológico canario (1750-1900)*. Publicaciones científicas del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife (Aula de Cultura de Tenerife). Museo Etnográfico, nº 4. Santa Cruz de Tenerife.

- FALL, Y. K.: 1982. *L'Afrique a la naissance de la cartographie moderne (14eme – 15eme siècles: les cartes majorquines)*. Éditions Karthala. Paris.
- FALQUINA APARICIO, A., C. Marín Suárez y J. Rolland Calvo: 2006. “Arqueología y práctica política. Reflexión y acción en un mundo cambiante”. *Arqueoweb*, 8 (1), Abril (www.ucm.es/info/arqueoweb).
- FARIÑA GONZÁLEZ, M. A. y A. Tejera Gaspar: 1998. *La Memoria recuperada. La colección “Casilda” de Tacoronte en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata (Argentina)*. Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias. Santa Cruz de Tenerife.
- FARRUJIA DE LA ROSA, A. José: 2004. *Ab Initio (1342-1969). Análisis historiográfico y arqueológico del primitivo poblamiento de Canarias*. Colección Árbol de la Ciencia, 2. Artemisa Ediciones. Sevilla.
- 2005a. *Imperialist archaeology in the Canary Islands. French and German studies on prehistoric colonization at the end of the 19th century*. British Archaeological Reports. International Series, 1333. Archaeopress. Oxford.
 - 2005b. “El nacimiento de la arqueología prehistórica en Canarias”. *III Congreso Internacional de Historia de la Arqueología. Madrid, 25-27 de noviembre de 2004*. En: Cabrera Valdés, V. y M. Ayarzagüena Sanz (eds.). *El nacimiento de la Prehistoria y de la Arqueología Científica. Archaia*, 3-5: 135-144.
 - 2006. “Roma y las Islas Canarias: la leyenda de las lenguas cortadas y el poblamiento insular”. *XVI Congreso L’Africa Romana (Rabat. Marruecos). Mobilità delle persone e dei popoli, dinamiche migratorie, emigrazioni ed immigrazioni nelle province occidentali dell’Impero romano*. Volumen Segundo. Carocci Editore. Urbino: 839-856.
 - 2007. *Arqueología y franquismo en Canarias. Política, poblamiento e identidad (1939-1969)*. Colección Canarias Arqueológica, 2. Organismo Autónomo de Museos y Centros. Cabildo de Tenerife. Sevilla.
- FARRUJIA DE LA ROSA, A. J. y M. C. Arco Aguilar: 2002. “La leyenda del poblamiento de Canarias por africanos de lenguas cortadas: Génesis, contextualización e inviabilidad arqueológica de un relato ideado en la segunda mitad del siglo XIV”. *Tabona*, 11: 47-71.
- FARRUJIA DE LA ROSA, A. José y M. C. Arco Aguilar (comps.): 2004. *Arqueología, raza y gestión. Estudios historiográficos*. *Eres*, 12. Organismo Autónomo de Museos y Centros. Santa Cruz de Tenerife.
- FARRUJIA DE LA ROSA, A. J. y S. García Marín: 2005. “The Canary Islands and the Sahara: reviewing an archaeological problem”. *Sahara*, 16: 55-62.
- 2007. “The rock art site of Risco Blanco (Tenerife, Canary Islands), and the Saharan Horsemen Cycle”. *Sahara*, 18: 69-84.

- FRUTUOSO, G.: 1964 (1590). *Las Islas Canarias. (De <<saudades da terra>>)*. Fontes Rerum Canariarum, núm. XII. Edición y traducción a cargo de Elías Serra, Juan Régulo y Sebastiao Pestana. Instituto de Estudios Canarios. La Laguna (Tenerife).
- GONZÁLEZ ANTÓN, R.: 1982. "Introducción al estudio de las primeras historias generales de las Islas Canarias". *50 Aniversario del Instituto de Estudios Canarios*. Volumen II: 171-183.
- 2004. "Los guanches: una cultura atlántica". En: AA.VV. *Fortunatae Insulae. Canarias y el Mediterráneo*. OAMC. Tenerife: 133-146.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R. y A. Tejera Gaspar: 1990. *Los aborígenes canarios. Gran Canaria y Tenerife*. Colegio Universitario de Ediciones Istmo. Oviedo.
- GONZÁLEZ ANTÓN, Rafael; R. Balbín Berhmann; P. Bueno Ramírez y M. C. Arco Aguilar: 1995. *La Piedra Zanata*. Organismo Autónomo Insular de Museos y Centros. Cabildo Insular de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife.
- GRAN-AYMERICH, E.: 2001. *El nacimiento de la Arqueología moderna, 1798-1945*. Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza.
- GUERRERO AYUSO, V. M.: 1997. *El pensamiento científico en la Prehistoria Balear. Fuentes bibliográficas para el estudio de la Prehistoria Balear*. Libres de la Nostra Terra, 30. Leonard Muntaner Editor. Palma de Mallorca.
- HAOUI, K.: 1993. "Classifications linguistiques et anthropologiques de la Société d'anthropologie de Paris au XIX^{ème} siècle". *Cahiers d'Études Africaines*, 33 (1): 51-72.
- HERNÁNDEZ GÓMEZ, C.; V. A. Barroso, J. Velasco Vázquez, J.: 2004-2005. "Enfoques y desenfoques en la arqueología canaria a inicios del siglo XXI". *Revista Atlántico Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 7: 175-188.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.: 1977. *La Palma Prehispánica*. El Museo Canario. Las Palmas de Gran Canaria.
- HERNANDO GONZALO, A.: 1987-88. "Interpretaciones culturales del Calcolítico del sureste español. Estudio de sus bases teóricas". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 12-13: 35-80.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, S.: 1963. *Síntesis de la Prehistoria de Gran Canaria*. Imprenta España. Las Palmas de Gran Canaria.
- JOHNSON, M.: 2000. *Teoría arqueológica. Una introducción*. Colección Ariel Historia. Editorial Ariel S.A. Barcelona.
- KOCKA, J.: 2002. *Historia Social y conciencia histórica*. Marcial Pons Ediciones de Historia. Madrid.

- MARTÍN DE GUZMÁN, Celso: 1997. "De arqueología canaria: planteamientos teóricos e historiográficos". En: Agustín Millares Cantero, Pablo Atoche Peña y Manuel Lobo Cabrera (coord.). *Homenaje a Celso Martín de Guzmán (1946-1994)*: 29-64. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad de Gáldar. Dirección General de Patrimonio Histórico. Madrid.
- MEDEROS MARTÍN, A.: 1997. "Trayectorias divergentes de las dos principales instituciones museísticas canarias". En: Gloria Mora y Margarita Díaz-Andreu (eds.). *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (s. XVIII-XX): 391- 400. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga. Ministerio de Educación y Ciencia. Málaga.
- MEDEROS MARTÍN, A. y G. Escribano Cobo: 2002. *Los aborígenes y la Prehistoria de Canarias*. Centro de la Cultura Popular Canaria. La Laguna (Tenerife).
- MORA, G.: 1998. *Historias de Mármol. La Arqueología Clásica española en el siglo XVIII*. Anejos de <<Archivo Español de Arqueología>>, XVIII. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centro de Estudios Históricos. Departamento de Historia Antigua y Arqueología. Ediciones Polifemo. Madrid.
- MORA, G. y M. Díaz-Andreu (eds.): 1997. *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (s. XVIII-XX). Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga. Ministerio de Educación y Ciencia. Málaga.
- MORENO BAYARDO, M. G.: 2007. "Una conceptualización para la formación de la investigación" En: <http://educacion.jalisco.gob.mx/consulta/educar/09/9bayardo.html> (consulta realizada el 11/04/2007).
- NAVARRO MEDEROS, J. F.: 1997. "Arqueología de las Islas Canarias". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*. Tomo 10: 447-478.
- NAVARRO MEDEROS, J. F. y E. Martín Rodríguez: 1985-87. "La prehistoria de la isla de La Palma (Canarias): Una propuesta para su interpretación". *Tabona*, VI: 147-184.
- PAPACONSTANTINO, D.: 2005. *Deconstructing Context. A critical approach to Archaeological practice*. Oxbow Books. Oxford
- PELLICER CATALÁN, M.: 1968-69. "Panorama y perspectivas de la arqueología canaria". *Revista de Historia*, XXXII (157-164): 291-302.
- 1971-1972. "Elementos culturales de la Prehistoria Canaria. Ensayo sobre orígenes y cronología de las culturas". *Revista de Historia Canaria*, XXXIV: 47-72.

- PÉREZ DE BARRADAS, J.: 1939. *Estado actual de las investigaciones prehistóricas sobre Canarias. Memoria acerca de los estudios realizados en 1938 en "El Museo Canario"*. Publicaciones de El Museo Canario. Las Palmas de Gran Canaria.
- POUILLON, F.: 1993. "Simplification ethnique en Afrique du Nord: Maures, Arabes, Berbères (XVIII^e-XX^e siècles)". *Cahiers d'Études africaines*, 129 (XXXIII-1): 37-49.
- RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. E.: 1997. "Un acercamiento historiográfico a los orígenes de la investigación arqueológica en Canarias: las Sociedades Científicas del siglo XIX". En: Gloria Mora y Margarita Díaz-Andreu (eds.). *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (s. XVIII-XX): 311- 319. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga. Ministerio de Educación y Ciencia. Málaga.
- 2000. "Aproximación historiográfica a la investigación arqueológica en Canarias: la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Las Palmas (1940-1969)". En: Vítor Oliveira Jorge (coord.). *Arqueología Peninsular. Historia, teoría y práctica*. Tercer Congreso de Arqueología Peninsular (Utad, Villa Real, Portugal. Septiembre de 1999). Vol. I.: 417-429. ADECAP. Oporto.
- SAID, E.: 2003. *Orientalismo*. Debolsillo. Barcelona.
- SCHILLER, F.: 1979. *Paul Broca. Founder of French Anthropology, Explorer of the Brain*. University of California Press. Berkeley.
- SCHNAPP, A.: 1999. *The discovery of the past. The origins of Archaeology*. British Museum Press. Spain.
- SHEPPARD, P. J.: 1990. "Soldiers and Bureaucrats: The Early History of Prehistoric Archaeology in the Maghreb". En: Peter Robertshaw (ed.). *A history of African Archaeology*: 173-188. James Currey Ltd. Londres.
- SIBEUD, E.: 2001. "La fin du voyage. De la pratique coloniale à la pratique ethnographique (1878-1913)". En: Claude Blanckaert (dir.). *Les politiques de l'Anthropologie. Discours et pratiques en France (1860-1940)*: 173-198. Histoire des Sciences Humaines. L'Harmattan. Paris.
- TEJERA GASPAS, A.: 2006. "Los libio-bereberes que poblaron las Islas Canarias en la Antigüedad". En: A. Tejera *et alii*. *Canarias y el África Antigua*. Centro de la Cultura Popular Canaria. Tenerife: 81-105.
- TORRES SANTANA, E.: 1991. *El comercio de las Canarias Orientales en tiempos de Felipe III*. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria.

TORRIANI, L.: 1978 (1592). *Descripción e Historia del reino de las Islas Canarias, antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*. Goya Ediciones. Santa Cruz de Tenerife.

TRIGGER, B. G.: 1990. "The History of African Archaeology in World Perspective". En: Peter Robertshaw (ed.). *A history of African Archaeology*: 309-319. James Currey Ltd. Londres.

-1992. *Historia del pensamiento arqueológico*. Editorial Crítica. Barcelona.